IGNACIO SÁEZ

ÉL Y LLO

(LA LENGUA OBESA)

14 marzo – 10 mayo 2025

CarrerasMugica

CarrerasMugica tiene el agrado de presentar, del 14 de marzo al 10 de mayo, ÉL Y LLO (La Lengua Obesa), segunda exposición individual de Ignacio Sáez tras la realizada en 2008. Consiste en una treintena de cuadros que ocupan la totalidad del espacio expositivo de la galería. Comenzados entre el 2000 y el 2013, algunos fueron retomados el año 2023 y terminados en el presente año. Se trata, por tanto, de un particular proyecto de relectura de unas obras preexistentes, diferente a las exposiciones habituales del pintor. Como parte integrante de este proyecto y de manera simultánea a la muestra, estará disponible el libro titulado El curador (Ed. Caniche), una ficción de la que es autor Txomin Badiola, quien, además, ha estado a cargo de la selección y organización de la exposición.

ÉL Y LLO (La Lengua Obesa)

Hace unos años, Ignacio Sáez confinó en una lonja de Igorre propiedad de un amigo* una serie de obras que por entonces él consideraba poco más que desechos. Allí permanecieron hasta hace poco, cuando, con ocasión de otros asuntos, gente del Museo de Bellas Artes de Bilbao** pudo contemplarlas y llamar la atención sobre ellas. A partir de aquel hallazgo, se instó la realización de una exposición tomando como base esas obras que, finalmente, ha sido acogida por la galería CarrerasMugica

Cuando accedí a este conjunto de obras, a pesar de su heterogeneidad y de la manera desordenada en que se me fueron revelando, mi primera impresión fue que, sin importar el azar que allí las había reunido, formaban un todo coherente, y lo que las mantenía unidas era una decidida predisposición del su autor a convertirse en sujeto y objeto de un complejo proceso de destrucciones y reconstrucciones: El pintor acuciado por un demonio interior (que no sería sino la metáfora de las pulsiones más extremas e irreconciliables de un organismo biológico y psíquico en perpetua contradicción con el mundo), adentrándose en las laberínticas tramas del lenguaje, dejándose zarandear por ellas, y desde dentro peleando para adquirir algún tipo de dominio a base de redefinir los elementos y las relaciones que las constituyen. Y esta circunstancia, relativa a la performatividad del artista respecto de sí mismo, del mundo y el lenguaje, que da lugar a las obras, acabará por quedar reflejada también como núcleo temático de las mismas. Así, el cuerpo (del pintor) deformado en hiperplasias y enlongados apéndices, se fragmentará y sus pedazos sufrirán transformaciones extremas desarrollando nuevos órganos; se metamorfoseará en animales o partes de ellos, cambiará de sexo, para reintegrarse y emerger como un nuevo cuerpo imaginado, fabricado de signos lingüísticos encarnados, palpitantes, con los que ensayar algún tipo de reconciliación. Será su propia subjetividad la que es puesta a prueba en su pintura, lo cual conferirá al trabajo una condición megalómana por la omnipresencia de los signos que a él aluden en los cuadros; pero se trata de una condición que es, además, vulnerable y precaria por las ordalías a las que es sometido. A tal efecto, se podría hablar del carácter épico de este conjunto de obras, donde el héroe-antihéroe (el mismo artista) va realizando sus pequeñas y no tan pequeñas hazañas (también fracasando) respecto de entidades superiores (las rígidas jaulas de la representación) que marcan su destino como cuerpo deseante.

Es un yo, el del pintor, que aparece en su pintura indiscernible de la idea del Otro. Tanto si se considera como una imagen devuelta en el espejo (en las variadas representaciones de sí mismo), o como un alter-ego surgido del yo fragmentado y múltiple recompuesto en un personaje (al que Ignacio llama La Lengua Obesa) con unas características muy definidas (rostro negroide deformado, con largos apéndices en el cráneo, calzando unas abultadas botas y vistiendo tan solo una especie de pañal donde parece acumular otros objetos) que al tiempo que le dan identidad se la quitan, dada la difícil reconciliación por la disparidad de los signos. Además de sí mismo y de este personaje (el monstruoso otro del pintor), hay además un grupo de cuadros centrados en la captura (casi imposible) de un otro real, afectivo sentimental: la mujer de sus afectos intermitentes, pero a la vez constantes (a los que siempre retorna).

La pintura es el lugar donde todo ocurre y también es el lugar de los lugares de la interacción del cuerpo del ejecutante con el cuerpo del espacio. Estos lugares

discurren en la polaridad de lo cerrado y lo abierto, del encerrarse y abrirse. Hay lugares, los propios de la actividad del artista (el estudio, el almacén, la galería, el museo), en los que se encierra haciendo cuerpo con ellos, enfrentando sus a menudo pérfidas implicaciones, para surgir como una realidad nueva, hecha de signos materiales, impregnados de los pulsionales cataclismos de un sistema nervioso puesto a prueba. Por otro lado, hay ámbitos donde se abre (el cuerpo será el del paisaje), lugares de la fuga y del encuentro con una razón de ser más allá del lenguaje, que, sin embargo, se descubren como realidades ilusorias, tan sometidas a la representación como todo lo demás, solo aprehendidas desde un ejercicio de desfamiliarización que les devuelve la extrañeza propia de lo real.

Y todo este programa de subjetivación por medio de la pintura, de negociaciones con la alteridad, de idas y venidas a los lugares de la representación y sus resquicios reales, estará presidido por el gran agujero negro del no-ser, de la nada, y de la muerte; por la comprensión resignada de que se trabaja en el vacío de los anhelos y las minúsculas conquistas, que no cesarán de recordar que «todo es vanidad» (el cuadro se convierte en vanitas), sin que el artista se pliegue por completo a ello, ya que es esa conciencia de la mortalidad contra la que se activa el arte.

Al aceptar Ignacio Sáez, al principio no sin cierta reticencia, las condiciones de esta exposición (siendo la principal que debía incorporar los cuadros por él inicialmente desechados en Igorre), aceptaba yo, en mi papel de curador circunstancial (inclinado a respetar la intuición primera del relato que se me impuso cuando vi estos cuadros y basar en ella la organización de la exposición) que Ignacio, en el tiempo de algo más de un año que mediaba entre el encargo y la inauguración, podría transformarlos a su gusto, incluso hasta el punto de producirse (como ha ocurrido en no pocos casos) un desajuste radical entre el planteamiento y las obras actuales; un desajuste que deberá manifestarse con todo derecho como una herida o cicatriz que forma parte sustancial de la experiencia.

Poco dispuesto para las labores que convencionalmente recaen en el rol del comisario, y dada la índole del proyecto que abordaba con Ignacio, así como la circunstancia recién comentada, decidí que mi acompañamiento a la exposición de las obras plásticas, se materializara en la forma de un libro titulado: EL CURADOR. Un ejercicio de escritura que ha necesitado, sin remedio, envolverse de ficción para poder tratar los asuntos concernidos en esta relación de la manera más honesta según mi entendimiento. Huelga aclarar que se trata de dos formas autónomas (las obras plásticas y el texto literario) destinadas a convivir, sin que ninguna de ellas sea justificación o explicación de la otra. Es tan solo a partir de su existencia simultánea al interior del proyecto que será posible derivar las conclusiones que cada cual quiera o necesite extraer.

Txomin Badiola, marzo 2025

*Ignacio Elexpe
** Miguel Zugaza y Gilermo Zuaznabar.

Ignacio Sáez (Bilbao, 1971). Licenciado en Bellas Artes por la UPV (Universidad del País Vasco), ha completado su formación a través de la participación en diferentes becas como la de Bilbaoarte, 2005 y 2002, Juan de Otaola y Pérez de Saracho, 2003, la beca de artes plásticas de la Diputación Foral de Bizkaia, 1997 o la de creación de la Fundación BBK, 1995. Algunas de sus últimas exposiciones son Ella dice (Museo Artium, Vitoria, 2005), Galería Ventana 244 (Brooklyn, NY, 2011), Cohibido a los 20 (Bulegoa, Bilbao, 2020) y BBKateak Van Dyck-Sáez (Museo de Bellas Artes, Bilbao, 2022).

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 114,5 x 146,5 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 115 x 147,2 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 110 x 145 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre madera. 122 x 250 cm.

Sin título, 2004
Óleo sobre madera
96,5 x 122 cm.

Sin título. Óleo sobre lienzo. 195 x 130 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre madera. 97 x 122 cm.

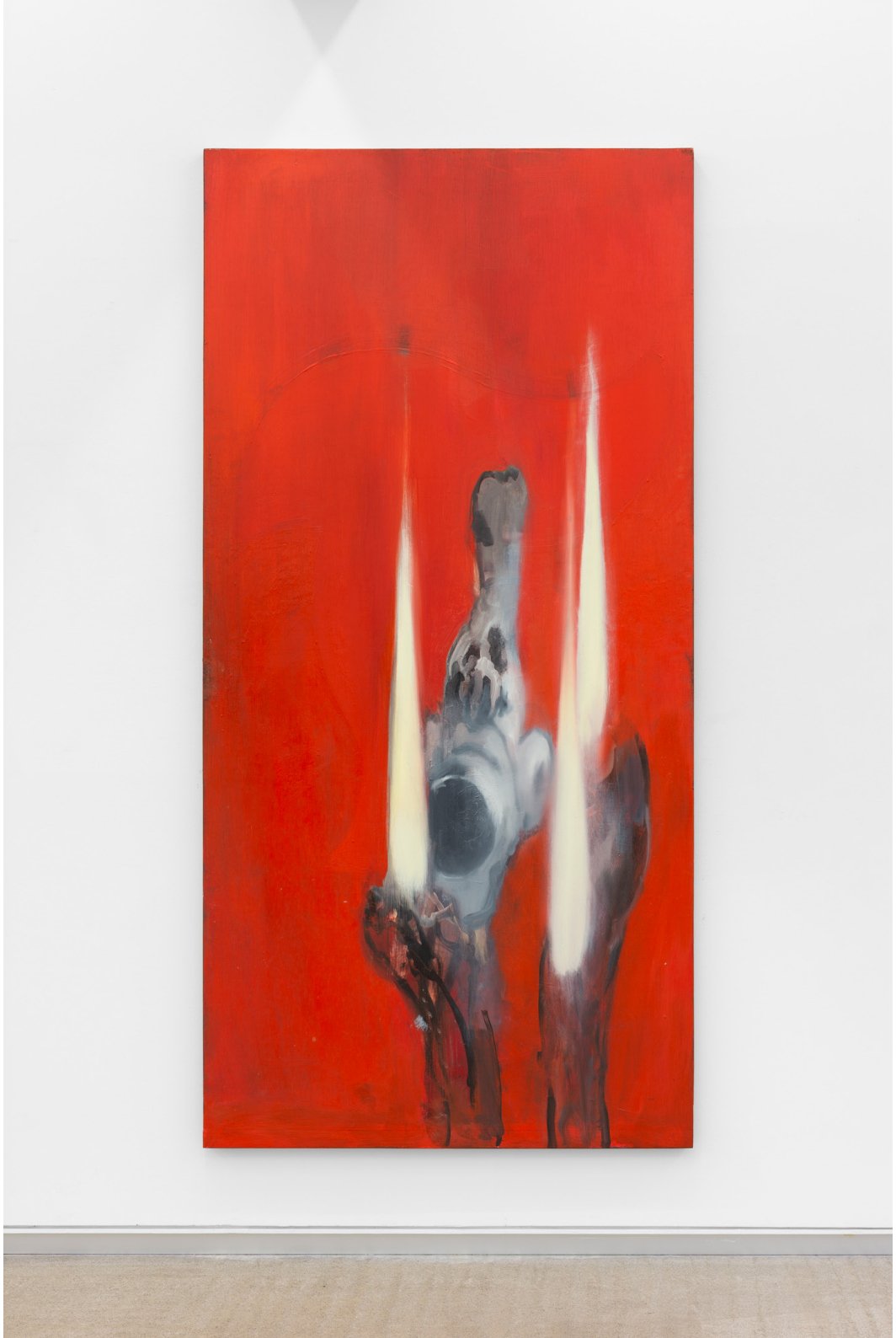
Sin título, 2004. Óleo sobre madera. 97,5 x 122 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 115 x 146,5 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 115,2 x 147 cm.

Sin título, 2004. Óleo sobre lienzo. 114,5 x 146,5 cm.

Sin título, 2008
Óleo sobre lienzo
250,5 x 200 cm.



Sin título, 2008
Óleo sobre madera
248,3 x 122 cm.

Sin título, 2006-2008. Óleo sobre lienzo. 200 x 200,2 cm.

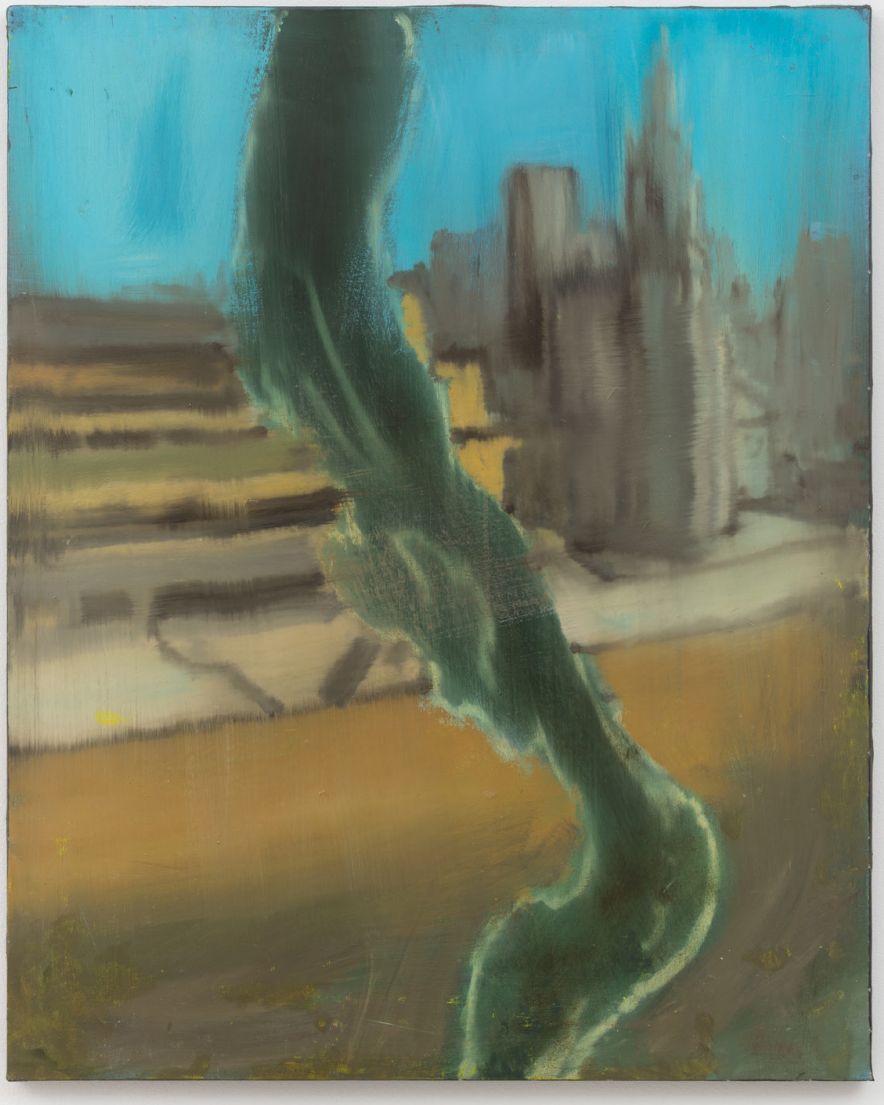
Sin título, 2003-2013. Óleo sobre lienzo y madera. 190 x 196 cm.

Sin título, 2003 - 2008
Óleo sobre lienzo
194,5 x 130 cm.

Sin título, 2003-2004. Óleo sobre madera. 244 x 122 cm. c/u.

Sin título, 2008. Óleo sobre madera. 96,5 x 122 cm.

Sin título, 2008. Óleo sobre madera. 250 x 122 cm. c/u.



Sin título, 2000
Óleo sobre lienzo
82 x 66 cm.

Sin título, 2001
Óleo sobre madera
250 x 122 cm.

Sin título, 2001
Óleo sobre madera
244 x 122 cm.

Sin título, 2008
Óleo sobre lienzo
195,5 x 130,3 cm.

Sin título. Óleo sobre madera. 92 x 122 cm.

Sin título, 2013. Óleo sobre madera. 96,5 x 122 cm.

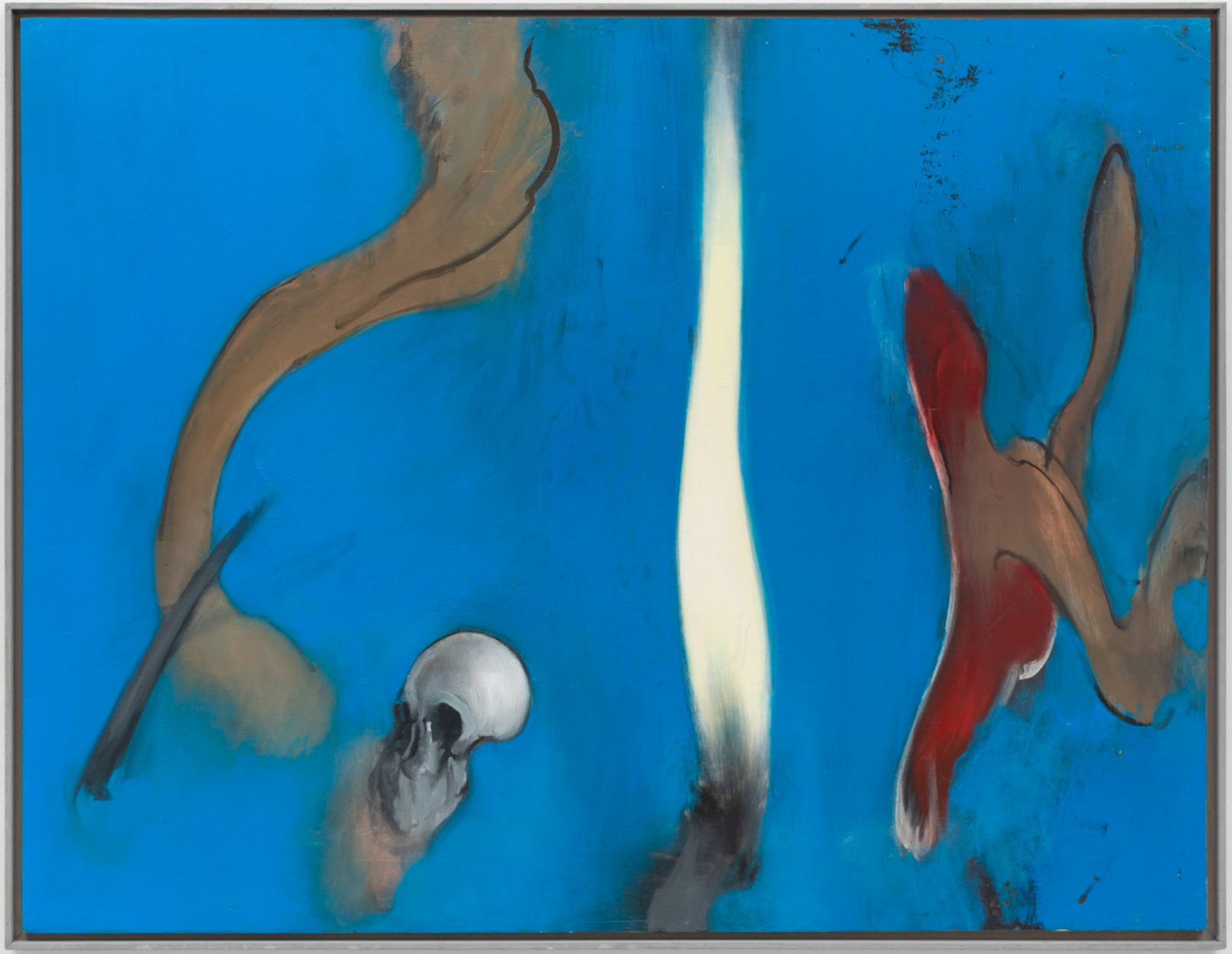
Sin título, 2013. Óleo sobre madera. 96,5 x 122 cm.

Sin título, 2013. Óleo sobre madera. 96,5 x 122 cm.

Sin título, 2001
Óleo sobre madera
250 x 122 cm.

Sin título, 2013. Óleo sobre lienzo. 81 x 100 cm.

Sin título, 2013. Óleo sobre lienzo. 81 x 100 cm.



Sin título, 2013. Óleo sobre madera. 112,6 x 146,5 cm.

CarrerasMugica

www.carrerasmugica.com

info@carrerasmugica.com

Calle Heros 2 / E-48009 BILBAO
T. +34 944234725